EN BUSCA DE LA IGUALDAD

POEMA

POR

LUIS MORENO TORRADO

con un prólogo

DE

DON ANTONIO ZOZAYA

PRECIO: UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA POPULAR
Plaza del Dos de Mayo 4
1896

EN BUSCA DE LA IGUALDAD

(POEMA)

EN BUSCA

DE LA IGUALDAD

POEMA

POR

LUIS MORENO TORRADO

con un prólogo

DE

DON ANTONIO ZOZAYA



MADRID
IMPRENTA POPULAR
Plaza del Dos de Mayo 4
1896

Es propiedad de Ignacio
Ley regalado por D
Antonio de la y

PRÓLOGO

Es, á juicio de no pocas gentes, la metáfora una engañosa imágen de la verdad. Como sufre desviación la luz al atravesar las aguas de un estanque y hace ver los objetos de su fondo en magnitud y posición distintas de las que verdaderamente les son propias, sufre desviación la idea al pasar por la esfera del tropo, mostrándose en apariencia más brillante, pero menos sincera á los ojos del vulgo. El *manto de la noche* ha encubierto durante muchos siglos el espacio infinito; el *libro del destino* ha sumido á los hombres en la pasividad; el *dedo de la Providencia* ha cubierto de sangre las más prósperas y fertiles comarcas. Apenas si existe metáfora que, con la belleza de Circe, no haya sido, como ella, engañosa y funesta á los hombres, á los pueblos, y á la humana civilización.

Este ha sido el más grave reproche que ha podido ser formulado contra la poesía. El culto desmedido de la forma ha perjudicado al estudio severo y razonado del fondo. La palabra ha dañado á la idea; el tropo al axioma, la cadencia y la rima á la comprensión racional y sencilla de la verdad.

Pero ¿han sido, en verdad, la cadencia y la rima las causantes de las grandes desdichas humanas? ¿Hay que culpar á la poesía del atraso y de la incultura de las gentes? Aquellas teorías vetustas que encerraron á la razón en el dogma como en un

lecho de Procusto, ¿no fueron formuladas en fríos y severos preceptos? ¿Pidieron á la poesía sus imágenes Atila para aterrar á Europa, Nerón para abochornarla, Alejandro Borgia para pervertirla ó Felipe II para empequeñecerla? ¿No fueron más bien los poetas quienes supieron inspirar con Homero el ideal guerrero, con Virgilio el ideal campesino, con el Dante el ideal cristiano, el del renacimiento con Petrarca y Ariosto, el caballeresco con Camoens, Calderón y Tasso y el de la libertad con Víctor Hugo? Esa *Fata Morgana* que hace vibrar las fibras de nuestro corazón ¿es tal vez la constante aduladora de los Melitos y Coridones modernos, ó es la generosa propagandista de todas las aspiraciones sublimes que forman los *desiderata* de los amantes de la civilización? Si alguna vez pudo la poesía dejarse arrastar al error por el predominio de la belleza exterior, parcial y relativa, pronto se redimió á la evocación de los genios amantes de la verdad. Si la ciencia es la luz de lo absoluto, la poesía es la sombra de lo infinito. Es verdad que canta lo que fué, pero también eleva sus estrofas sublimes á lo que será. Ella lanza miradas melancólicas á las grandes concepciones que mueren, pero saluda henchida de entusiasmo á los grandes ideales que nacen.

Puede la poesía, como todo lo humano, servir como instrumento del error. El cristal biconvexo que, en poder del niño, concentrando los rayos del sol abrasará sus manos, puede servir en las de Laplace á registrar el espacio infinito. Sus esfuerzos pueden ser los de Sísifo, pero son más frecuentemente los del Hércules mitológico. Puede ser censurable cuando adula al error y á la tiranía; jamás cuando glorifica el Progreso, y forja con las cadenas de la esclavitud las diademas de la Ciencia y de la Igualdad.

II.

Moreno Torrado canta á la igualdad.

Es un espíritu generoso y se subleva ante el espectáculo cruento de la iniquidad explotando el infortunio; es un amante de la naturaleza, y protesta del odioso reparto de la tierra que, como el agua y el aire, pertenece á todos; es un obrero de la inteligencia y conmuévese ante la miseria de los obreros del taller; es, en suma, un poeta y consagra su vida al ideal, sin mirar si está ó no su realización cercana,

porque forma sus delicias
amarle, aun siendo ficción.

Se ha dicho que, si el mundo pereciera, renacería de una sola lágrima de un hombre justo, expresando así que es el amor *alma mater* de la vida. Si el ideal no existiera, si fuera un vano ensueño lo absoluto, bastaría á darle virtualidad y eficacia la devoción austera de un amante de la verdad y del progreso.

La inspiración de Moreno Torrado es una inspiración *pasional*, porque la pasión es la característica de su personalidad. Y así lo que pierden á las veces sus versos en corrección y pulimento, lo ganan en expontaneidad. Brotan en ocasiones las imágenes de su pluma, sencillas, enérgicas, desprovistas de artificio retórico. Pero ¡qué vida y qué vigor les presta cuando deja á la fantasía volar libremente! Cuando describe, lo tantas veces descrito, el campo de los muertos, aparece como novedad en sus décimas, siempre fluidas, una maravillosa su-

gestión del medio ambiente. Es ante todo su propia personalidad lo que se destaca del cuadro sombrío como en las obras de todos los grandes génios de la lírica. A más que no se le oculta la relación que existe siempre entre el sujeto y el objeto, la ley que hace que la sensación nada sea sin transformarse en el *sensorium* y adquirir relieve y significado en el principio de individuación; y así exclama:

No vuelan las mariposas
en este recinto yerto
porque el suelo esta cubierto
de cruces y no de rosas.

*
* *

No sé qué sello de horror
imprime la muerte á todo,
que es amarillo hasta el lodo
de este sitio aterrador.
Jaramagos sin color
brotan en sus negras naves;
si cantan aquí las aves
en vez de trinos dan quejas
y si zumban las abejas
son sus zumbidos mas graves.

En esas décimas se vé palpitante la realidad, pero transformada y embellecida por la imaginacion del poeta, obsesionada por la idea de la muerte y de la soledad.

Algunos adjetivos ó verbos que á primera vista parecen al lector impropios ó prosáicos, tienen una poesía y propiedad que les hace insustituibles. Así, cuando los conductores de angarillas

á la hoya con golpe rudo
vierten sin piedad el muerto,

parece impropio aqui el verbo *verter*, pero, lejos de serlo, hace extremecer al lector recordándole, al par

que la indiferencia con que es el obrero arrojado á la fosa, la disgrogación molecular que empieza con la muerte, porque se vierte lo disgregado, lo que careoe de unidad y esa unidad se ha perdido en el cadáver con la identidad psíquica, con la personalidad que hacía un todo de sus órganos y con la vida que animaba sus miembros, hoy dispersos.

Es ante todo Moreno Torrado un corazón. Intransigente con la maldad, enérgico é indomable en el infortunio, le vereis siempre respetar á cosas y personas, ensalzar á la mujer y buscar á los niños, sus mejores amigos. Como el árbol oloroso de América perfuma el hacha que le hiere, Moreno Torrado compadece á los mismos que de él se mofan—la virtud tiene siempre Zoilos—se conmueve ante el sepulcro mismo del usurero vil que deshonró su raza pensando que

rodeado de traidores,
nadie escuchó sus dolores,
nadie calmó sus enojos,
ni al morir cerró sus ojos
ni llevó á su tumba flores.

Y no ofende la memoria del desdichado que, tras una vida de agitación y angustia concupiscente, por alcanzar honores y riquezas

duerme el sueño del olvido
en su régio panteon.

La crítica de microscópio, esa crítica regocijada y fácil que cuando Virgilio escribe:

Montibus in nostris solus tibi certet Amyntas

pudiera sostener muy bien que debió decir *sôlus tecum*, esa crítica donosa y ocurrente, encontrará fácilmente pretexto para zaherir á Torrado. Si Hector hubiera manejado la sátira como la flecha, no hubiera necesitado herir á su enemigo en el talón; mas aun en esto es dado engañarse á más de

un crítico archieminente, como aquel loco cervantino, licenciado por Osuna que, aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Yo no he de discutir ahora si es Moreno Torrado romántico ó no, si ha pasado de moda su manera de ver la realidad, si supedita la forma al fondo ó á la inversa. Sé tan sólo que, aparte las censuras de buena fé, escuchará no pocas injustas. Periandro aconsejaba á Trasíbulo que cortase cuantas espigas sobresaliesen de las demás. En ese miserable combate que la envidia, la soberbia y el ódio traban hoy donde quiera, somos todos los hombres Trasíbulos.

Es un error crasísimo creer que es estéril la labor del poeta cuando acaso no llega á tocar la cima en que lanzaron sus acentos proféticos los grandes génios de la poesía. Un poeta que siente y hace sentir las desdichas del pueblo y que acierta á llevar á su corazón la verdad envuelta entre las galas de la rima, merece siempre aplauso.

Y ¿cuál es la lección que Moreno Torrado ofrece á los que sufren? ¿Cuál es la solución que les presenta como mejor? No es la venganza, ni el ódio, ni la desesperación infecunda; es la fé en el porvenir y en el propio y constante esfuerzo. Así le dice al proletariado:

Si desechas la ignorancia
que al crímen te precipita
y, en vez de la dinamita
usas de la hoz y la sierra,
verás postrarse la tierra
ante tu gloria infinita.

En vez del ódio, el amor, en vez del *nihil sperari* de la debilidad, el *excelsior* del ánimo viril.

La última palabra del poema es de esperanza y de consuelo. Bien puede decir al terminar el autor

al proletario que le lea: «No sé sí he conseguido deleitarte, pero te he hecho mejor.»

III

El tiempo, representado siempre en las mitologías paganas como un viejo implacable que todo lo destruye, es también, por lo que á la verdad respecta, un joven vigoroso que levanta incesantemente el edificio de la razón. La guadaña, en sus manos, es unas veces instrumento de muerte, y otras herramienta fecunda. Es enemigo, ó lo parece al menos, de la belleza exterior y la destruye; pero es amigo de la verdad y la consolida. Bajo su imperio desaparece el encanto de la forma para adquirir el suyo majestuoso y severo, el de la razón de las cosas, y la justicia de las ideas.

Por esta ineluctable ley, la poesía que funda su atractivo en las imágenes y en la galanura del estilo, muere, y la que se asienta en la razón perdura. ¿Quién podrá apreciar ya la belleza toda del Rhamayana oriental ó del Talmud hebreo? Y no obstante, ¿quién no siente latir el corazón al leer el precepto de Manú: *No hieras á una mujer ni aún con los pétalos de una flor?* ¿O al recordar la máxima hebrea de la fraternidad como ley de la vida?

Esas verdades sublimes, esas leyes humanas del progreso, adquieren al moldearse por la poesía, siquier sea inferior, una belleza, un hermoso atractivo que las hace asequibles á todos los seres, y especialmente á la mujer. Si se ha dicho que la mujer no debe preocuparse de la belleza y la verdad, que no debe ser instruida, ha sido, sin disputa, por no avergonzar á tantos hombres ignorantes. Pero desconfiad de toda reforma, de toda innovación que no encuentre en la mujer simpatías, y hoy es todavía necesario llamar más á su corazón que á su ce-

rebro. Ella, por su temperamento nervioso y su constitución delicada, vé en la poesía una vestidura gloriosa de la razón. Y ¿habrá quién, por el odio á la forma exterior y á las maravillas del lenguaje renuncie á esta preciosa propaganda? Los hombres tienen el genio de la verdad, pero sólo las mujeres tienen su pasión. En el fondo de todas las creaciones es preciso el amor; por eso hay una mujer en el fondo de todas las cosas grandes. La verdad no tiene sexos, pero la naturaleza sí, y sólo cuando en ella encarna la verdad, es fecunda. Educad á las madres, y ellas os darán héroes. Hacedlas comprender que es noble y generoso luchar por el ideal; que es sublime y hermoso ennoblecer y defender la patria. Volverán á surgir las mujeres de Esparta; renacerán las madres del tiempo de Leonidas. Y las mismas mujeres que, seducidas por el recuerdo de un ya muerto ideal, murmuran bajo las naves de la iglesia oraciones aprendidas mecánicamente, arrojarán, como madama Roland, el devocionario, para estudiar los fenómenos físicos, y leer en el viejo Plutarco las vidas paralelas.

Antonio Zozaya.

Abril, 1896.

EN BUSCA DE LA IGUALDAD (a)

Poema

INVOCACION

¡Igualdad!.. Grata ilusión
que hasta en sueños me acaricias,
porque forma mis delicias
amarte, aún siendo ficción:
sediento mi corazón
te busca, pura doncella,
ansiando ver tu faz bella;
pero ¡ay! en mi afán profundo
de tu paso por el mundo
no veo rastro ni huella.

¿Dónde estás, que no te encuentro
aunque te busco sin tino
por uno y otro camino,
por los extremos y el centro?
En cualquier parte que entro,
cuando pregunto por ti
se burlan todos de mí,
y me produce martirio
escuchar que eres delirio
de mi ardiente frenesí.

(a) Véanse al final las notas correspondientes á cada letra.

He subido á las alturas
donde impera en trono egregio
tu rival el privilegio,
verdugo de las criaturas;
bajé á cavernas impuras
en donde el esclavo gime,
y en torvas frentes imprime
sellos la desigualdad...
¡y no te ví á la maldad
batir en lucha sublime!

Miro el grave desconcierto
en que se agita la tierra;
para unos todo se cierra,
para otros todo está abierto.
Al caído del desierto
rechazan las soledades;
al triunfador las ciudades
abren con amor los brazos...
¡y tú no rompes los lazos
de injustas desigualdades!

Veo á la justicia humana
con los ricos, amorosa,
con los fuertes, oficiosa,
con los débiles, tirana.
Veo á la Iglesia Romana
hacerse dueña del suelo
por pagarés contra el cielo
que en goces el alma cobra...
¡y tú, prudente de sobra,
no quieres cortarla el vuelo!

Ludibrio de la fortuna
pasa el pobre hambre y horrores,
y goza dicha y honores
el que nace en alta cuna.
Veo á la ambición que aduna
sus fuerzas al egoísmo,
y domina el despotismo
á su placer en la tierra...
¡y tú no les mueves guerra
para echarlos al abismo!

¿Cómo, igualdad, impasible
contemplas tanta amargura
sin descender de la altura
que habitas, inaccesible?
Si ves el estado horrible
que á los buenos acobarda,
¿cómo, indiferente ó tarda,
no acudes á nuestras voces?..
Tiende las alas veloces,
que la humanidad te aguarda.

¡No bajas! ¡Aún te resistes
á calmar nuestros dolores
y desprecias los clamores
de los que te imploran, tristes!
¿Será cierto que no existes
más que en mi loca esperanza,
ó es que nuestra voz no alcanza
á tu vivienda escondida?
De tu luz, si tienes vida,
un rayo á mi mente lanza.

Tienes vida, porque siento
que tu resplandor divino
ilumina mi destino,
alumbra mi pensamiento;
con evidencia presiento
que eres viva realidad;
en bien de la humanidad
te busco y nada consigo,
pero yo daré contigo
aquí ó en la inmensidad.

Por hallarte, temerario
reñiré rudas batallas;
muros, diques, fosos, vallas,
saltaré si es necesario;
con esfuerzo extraordinario,
empeños imperativos
y pensamientos altivos,
seguiré tus pasos ciertos
en el mundo de los muertos
y en el mundo de los vivos.

EN EL MUNDO DE LOS MUERTOS

I

El cementerio (b)

¡Triste estoy! Viendo que impera
la desigualdad impía,
angustia interna y sombría
el corazon me lacera;
el planeta recorriera
del uno al otro hemisferio
por encontrar el imperio
de la igualdad que me encanta...
¿Donde iré?—A la mansión santa
que llaman el cementerio.

Vedlo; se encuentra situado
en una escueta colina
que la población domina,
y es un extenso cuadrado
protegido y circundado
por muro tan poco fuerte,
que al mirar la tapia advierte
cualquiera, sin que le asombre,
que lo defiende del hombre
no el muro, sino la muerte.

Allá corro; el sol brillante,
gérmen de vida fecundo,
aún derrama por el mundo
su calor vivificante.
Sudoroso y jadeante
llego á su mansión sombría
y, al tocar la gradería
que hay en su puerta de entrada,
mi escrutadora mirada
en su estudio se extasía.

Amplia cancela ferrada
á su recinto da acceso,
construida de exprofeso
para la última morada.
Con negro barniz pintada,
si sobre sus goznes gira,
no sé si de pena ó ira,
lanza espantable chirrido
semejante al alarido
del moribundo que espira.

Una calle de panteones
alineada, hermosa y franca,
desde la cancela arranca
con variadas construcciones.
De orgullosos ricachones
los alzó la vanagloria
y, aunque oscura fué la historia
de su miserable vida,
queda en mármol esculpida
como grande y meritoria.

Prolongada galería
de humildes nichos oscuros
descansa sobre los muros
de tosca mampostería.
La horrenda cripta vacía
muestran algunos abierta,
pidiendo la carne muerta
que debe ser devorada;
los más la tienen cerrada
y con un mármol cubierta.

De la calle de panteones
hasta los nichos del muro
se extiende un terreno oscuro
dividido en dos secciones.
Allí, sobre los montones
de tierra, se ven clavadas
pobres cruces, destinadas
á decir que sepultados
están los desheredados
en sus tumbas ignoradas.

Cual paralítica abuela,
en un ángulo dormita
vetusta y lóbrega ermita
que alumbra una sola vela.
Hasta la sangre se hiela,
no sé si de horror ó frío,
al entrar en el vacío
de su nave solitaria,
y murmura una plegaria
el labio que no es impío.

En el centro, sobre inciertos
pedestales de granito,
una cruz al infinito
tiende los brazos abiertos.
Allí por vivos y muertos
parece que al cielo implora,
y cuando baña la aurora
su frente de mármol frío,
con lágrimas de rocío
sobre los sepulcros llora.

Salvo sin temor la puerta
y, discurriendo al acaso,
voy á dar, paso tras paso,
á la cruz que está desierta;
en su escalinata yerta
siéntome á tomar aliento
y, avivado el pensamiento
por profundas impresiones,
á sombrías reflexiones
se entrega mi pensamiento.

II

Meditación

Cuando el cansancio termina
de mi cuerpo fatigado
y mi espíritu calmado
sus impresiones domina,
de la grada alabastrina

de la cruz, fria é inerte,
mi palabra de esta suerte
formula mis pensamientos,
que vibran como lamentos
en la mansión de la muerte.

—Solo el cementerio se halla,
todo á meditar convida;
aquí la muerte á la vida
ganó la última batalla.
El viento suspira y calla
al besar las frías losas,
no vuelan las mariposas
por este recinto yerto,
porque el suelo está cubierto
de cruces y nó de rosas.

No sé qué sello de horror
imprime la muerte á todo,
que es amarillo hasta el lodo
de este sitio aterrador.
Jaramagos sin color
brotan en sus negras naves;
si cantan aquí las aves,
en vez de trinos dan quejas,
y si zumban las abejas
son sus zumbidos más graves.

El sol trás un nubarrón
oculta su luz brillante,
como huyendo vergonzante

de alumbrar á esta mansión.
De uno en otro panteón
discurre la muerte helada;
la tierra está saturada
de huesos ya calcinados,
pobres restos olvidados
que hoy son polvo, lodo, nada.

Todo duerme en el mutismo,
todo es silencio y horrores;
ni gemidos ni rumores
tiene la muerte en su abismo.
El espíritu en sí mismo
se recoge temeroso
y, entre confuso y medroso,
busca en los pliegues del cielo
explicación ó consuelo
al enigma misterioso.

Sólo se oyen los ruídos
ténues que alzan los gusanos
al roer de los humanos
los despojos corrompidos,
y los golpes repetidos
del tosco sepulturero
que grave, sombrío y fiero,
cava con su azada dura
la modesta sepultura
para un pobre jornalero.

Triste es esta soledad,

horrendo es cuanto se mira,
mas no impera la mentira
ni cabe la vanidad.
Resplandece la verdad
aquí con vivo fulgor
y es, á mi entender, mejor
este funeral mutismo
que el hipócrita cinismo
del mundo falso y traidor.

Huyo, pues, las liviandades
á que dan los vivos culto
y entre los muertos me oculto,
cansado de vanidades.
Aquí las desigualdades
sociales terminarán;
los muertos aquí hallarán
por igual modesto asilo,
donde en reposo tranquilo
sus restos descansarán.

Desde hoy, esquivando adusto
los humanos desaciertos,
la soledad de los muertos
contemplo con sumo gusto.
En ti, cementerio augusto,
no será el orgullo insano
con los pobres inhumano,
ni turbarán tu reposo
los vivas al poderoso
ni las palmas al tirano.»

III

Contraste

Mas ¿por qué el silencio grave
rompe mística armonía
y canta la clerecía
un salmo tierno y suave?
¿Por qué se inunda la nave
de la ermita de luz clara?
¿Por qué á la cancela pára
cortejo innúmero y vario?
—Ayer murió el millonario
Don Tello de Mano Avara.

Después de mucho cantar,
entra un escuadrón de curas;
lucen ricas vestiduras
y muestran grande pesar;
el féretro hacen bajar
del carruaje funerario
y, mientras extraordinario
el concurso le rodea,
un monaguillo voltea
sin cesar el incensario.

Porque no sufra mancilla,
con solemne pulcritud
cargan con el ataud
seis títulos de Castilla.
La elegante caja brilla

á la luz del sol poniente,
y en procesión imponente
la llevan con devoción
á soberbio panteón
situado en sitio eminente.

Allí, en sarcófago bello
de mármoles y amatista,
que modeló un gran artista,
dándole del genio el sello,
depositan de Don Tello
la caja de seda y oro
y, vertiendo falso lloro,
mendigos, grandes y curas
elevan á las alturas
sus oraciones á coro.

Antes de partir, rociaron
el panteón con olorosas
esencias, y frescas rosas
en seis búcaros dejaron.
Nubes de incienso elevaron
de la nave al frío ambiente;
con solicitud ferviente
encendieron diez blandones
y dieron sus bendiciones
al millonario yacente.

Dejan luego el panteón
clérigos y personajes,
que en lujosos carruajes

tornan á la población.
En solemne procesión
los sigue el concurso inmenso,
y en todo el trayecto extenso
sobre las cabezas sube,
como vaporosa nube,
una columna de incienso.

Al tiempo que se alejaban
las gentes del cementerio,
en él con mudo misterio
cuatro obreros penetraban;
sobre sus hombros llevaban
una mísera camilla
de forma antigua y sencilla,
que guardaba en su vacío
el cadáver yerto y frío
de un bracero de la villa.

Va solitario á la fosa,
pues no lleva otro cortejo
que un descamisado viejo
y una mujer andrajosa.
Ni tras él la luz medrosa
de vela débil fulgura,
ni se oye que cante cura
alguno en su funeral,
y en silencio sepulcral
llegan á la sepultura.

A la hoya, (c) con golpe rudo,

vierten sin piedad el muerto,
que muestra su cuerpo yerto
igual que nació, desnudo.
Después en silencio mudo
con tierra lo apisonaron,
una cruz allí clavaron
en señal de lo que hicieron,
la camilla recogieron
y con ella se alejaron.

No hubo incienso, ni hubo flores,
ni salmos, ni letanías,
ni bendiciones tardías,
ni dió una luz sus fulgores
en la soledad y horrores
de aquel triste enterramiento;
sólo algun que otro lamento
de la mujer ó el anciano,
mostraban era un humano
que inspiraba sentimiento.

Mirando aquella orfandad
inmensa, me pregunté:
—¿Por qué á su entierro, por qué
no viene la sociedad?
¿Por qué el pueblo sin piedad
le huye con horror profundo
y encierra en lugar inmundo
su cuerpo desnudo y yerto?...
¡Con el pobre, vivo ó muerto,
no tiene entrañas el mundo!

Yo que al muerto conocí,
sus trabajos observé,
sus virtudes admiré
y su paciencia aplaudí;
honda indignación sentí
al ver que, sin caridad,
esta falsa sociedad
cuando vivo, le oprimió,
y cuando muerto, enterró
su cuerpo en vil cabidad.

En cambio al rico Don Tello
le dió con largueza el mundo,
vivo, respeto profundo,
muerto, panteón muy bello;
y aunque no hubo en él destello
de bueno, grande ó artista,
pues, infame prestamista,
vivió con la artera usura,
al contemplarle en la altura
se adoró al capitalista.

—¡Ay!—me dije con tristeza—
también aquí ha penetrado
el hálito emponzoñado
de la mundana vileza.
El poder y la riqueza
gozan aquí distinciones...
la pobreza humillaciones;
pues, haciendo al bien insulto,
Roma, que al rico da culto
le niega al pobre oraciones.»

IV

El osario

Dando curso á mi tristura
quedé en grave reflexión,
dejando á la indignación
desbordarse en amargura,
cuando noté con pavura
que escrutador y rastrero
recogía, cual trapero,
en una esportilla fuerte
los despojos de la muerte
el tosco sepulturero.

Carga luego con la espuerta
de huesos y, mudo y grave,
se dirige á ignota nave
que está á un extremo desierta.
Empuja su débil puerta
que al esfuerzo no resiste
y se abre gimiendo triste,
como doncella forzada,
al mostrar á la mirada
cuanto en su interior existe.

Por un impulso secreto
hacia la nave corrí
y, cerca ya, me escondí
obrando como discreto.

Cruzó la puerta el paleto
de aquella estancia sombría
y la esportilla vacía
en espantosa abertura
que, como honda sepultura,
en el centro de ella había.

Al chocar los cráneos duros
por la abertura cayendo,
se alza temeroso estruendo
de sus abismos oscuros.
Miasmas se elevan impuros
del fondo de la abertura,
pero al hombre, que no apura
nada, ni nada le enoja,
sale y de huesos despoja
á otra vieja sepultura.

Se alejó el sepulturero
y yo, atrevido curioso,
llegué del antro espantoso
hasta el horrible agujero.
Allí, con ánimo entero,
miré al fondo de la huesa
y ví, lleno de sorpresa,
que en ella son los humanos,
oprimidos y tiranos,
huesos, cenizas, pavesa.

—¡Ah—me dije—ya llegué
á la igualdad envidiable

que en el mundo miserable
inutilmente bu-qué!
Confundidos encontré
aquí al prócer y al mendigo...
Santo lugar, yo bendigo
tu mansión igualatoria,
porque al lujo y vanagloria
no das en tu seno abrigo.

El ánimo aqui se abate,
la boca exhala un gemido
y el corazón oprimido
apenas se agita y late.
Interno y rudo combate
dentro del alma se empeña,
la razón de sí no es dueña
ante el espanto que labra,
enmudece la palabra,
y la fantasía sueña.

Calma, silencio, orfandad,
aislamiento, horror profundo...
Aquí se termina el mundo
y empieza la eternidad.
Aquí brilla la verdad
con todos sus resplandores;
aquí restos de traidores
se unen con otros leales
y vienen á ser iguales
los mendigos y señores.

Cráneo que cayó en la huesa

¿quién acierta á conocer
sí era de humilde mujer
ó de encumbrada duquesa?
Es muy dificil empresa
discernir si la costilla
que en aquél ángulo brilla,
pertenece al esqueleto
de un miserable paleto,
ó al de un grande sin mancilla.

Confundidos en montón
yacen en triste abandono
restos del dueño de un trono
con los restos de un ladrón.
Del cobarde y del *matón*
aquí se abrazan los huesos;
aquí de libres y opresos,
de juiciosos y troneras
se juntan las calaveras
para darse fríos besos.

Osario, en ti se terminan
las calumnias y enmudecen,
las pasiones no florecen
ni los poderes dominan.
Del mismo modo caminan
á tu seno los mortales;
sus despojos funerales
en ti la cita se dan
y siempre en reposo están
porque son todos iguales.

Si en ti la injusticia acaba,

se extingue la hipocresía
y concluye la osadía,
¿quién, osario, no te alaba?
¿Quién tu rasante no graba
en su corazón, si es bueno,
cuando por igual, con cieno
cubres al oro y al cobre,
y el mismo lugar al pobre
que al rico das en tu seno?

Ignoraba que existiera
tu igualatoria rasante
y, curioso caminante,
te admiro por vez primera;
mas no será la postrera
que, huyendo á la sociedad,
me acerque á tu soledad,
pues sólo en tu seno inerte
pudo el nivel de la muerte
hacerme ver la igualdad.

V

Desencanto

Gozoso de mi opinión,
sentí que del alto cielo
un dulcísimo consuelo
bajaba á mi corazón.
¡Necia fué mi presunción!
¡Necio mi entusiasmo santo!
Vertiendo en el alma espanto,

pronto quedó destrozada
la ilusión acariciada
al golpe del desencanto.

Sí, porque el sepulturero
cruzó de nuevo la puerta
y otra vez vertió la espuerta
en el horrible agujero.
Jamás escuchar espero
rumor tan extraordinario,
espantoso, horrendo y vario
como hicieron al chocar
los cráneos, y resbalar
sobre otros en el osario.

Indescriptible estridor,
mezcla de trueno y gemidos,
que aún resuena en mis oídos
llenándome de terror.
Al sentirlo, con pavor
del osario salí huyendo,
y el sepulturero, viendo
el espanto que sentía,
muy de cerca me seguía,
pero tranquilo y riendo.

Me detuve y le esperé.
El se acercó sonriente
y uno de otro frente á frente
de esta manera le hablé:
—Amigo, me acobardé

al sentir caer los huesos...
Extraños ruídos son esos
que forman los secos cráneos
al prodigarse espontáneos
los primeros dulces besos.

--No sé—dijo—darle nombre;
sean besos ó rugidos,
tengo duros los oídos
y no es fácil que me asombre.
—¿Me podéis decir, buen hombre,
si los restos calcinados
de todos los sepultados
tienen que verse allí juntos,
ó existen también difuntos
que sean privilegiados?

—Del osario á las mansiones
sólo van los que murieron
y adquirirse no pudieron
nicho propio ó panteones.
Enojosas distinciones,
se hacen entre grande y chico;
duermen los restos del rico
en su nicho ó panteón,
y se arrojan al montón
los de *Bastián y Perico*.

—¿Luego aquí—clamé indignado
sublevada mi conciencia—
también goza preferencia

el rico, aún siendo malvado?
¡También el pobre humillado
se vé por su adversa suerte!
¡No basta que el cuerpo inerte
desnudo en tierra sucumba;
se le extrae de la tumba
para profanarlo en muerte!

Su confesión me arrebata
la ilusión consoladora
que acaricié en mala hora
y mis planes desbarata.
Creí que en la tierra ingrata
del sombrío cementerio
la igualdad tendría imperio,
y veo, confuso y triste,
que no la hay en él, ni existe
de la huesa en el misterio.

Dejo este sitio imponente
que de su seno me lanza,
perdida ya la esperanza
que acariciara imprudente.
La presunción inocente
que acogí dentro del pecho
por utópica desecho;
retorno de nuevo al mundo,
donde en silencio profundo
devoraré mi despecho.

Quizá descubrir consiga
en la sociedad viviente

la escondida y pura fuente
de la igualdad que me obliga.
Causándome honda fatiga
no ver mi anhelo saciado,
me alejo apesadumbrado
de este recinto severo.
Queda en paz, sepulturero,
y cumple tu oficio honrado.»

VI

Huyendo de los muertos

Dije. Y sin nuevas razones,
como quien nada recela,
me dirigí á la cancela
por la calle de panteones.
La noche con sus crespones
primeros de amplio capuz,
matando iba de la luz
los hacecillos de plata,
cuando dí en la escalinata
de la solitaria cruz.

Al llegar al panteón
suntuoso de Don Tello
brilló con vivo destello
la opaca luz de un blandón;
mas nadie en tal ocasión
animaba aquel conjunto;
volví la vista hacia el punto

en que el bracero yacía
y aún el anciano seguía
llorando por el difunto.

No me produjo pesar
ver desierto el panteón
del infame ricachón
que fué azote del lugar.
Él no supo hacerse amar;
olvidarle es justo y santo...
mas contemplé con encanto,
que del obrero en la fosa
una persona piadosa
vertía copioso llanto.

Hasta la misma portada,
ondulantes lucecillas
azuladas y amarillas,
siguieron mi retirada.
De fuegos fátuos mesnada
que vi con terrores ciertos:
—Los espíritus despiertos
son—dije—que, siempre activos,
vigilan porque los vivos
no profanen á los muertos.

Ya los dejo reposar
en su fúnebre vivienda;
no les disputo su hacienda
ni profanaré su hogar.
No volveré á rebasar

tu cancela, campo santo;
no hallé en tu mansión de espanto
justicia, igualdad ni calma,
y me alejo con el alma
estremecida de espanto.»

Viendo que en sombras oscuras
la noche envolvía al mundo,
salvé con terror profundo
las gradas poco seguras,
y antes que las sepulturas
y panteones abiertos
vomitasen á los muertos,
dotados de nueva vida,
á impedirme la salida,
salté á los campos desiertos.

Y corrí desatinado,
salvando zanjas y cerros,
cual va seguido de perros
conejo que han levantado.
Cuando, perdido y cansado,
me detuve ante una fuente,
cobré valor, y sonriente
me tributé este reproche:
—Con los muertos y de noche
¿quién oficia de valiente?»

EN EL MUNDO DE LOS VIVOS

I

La familia del obrero

Tomando por un sendero
para abreviar el camino,
llegué sin perder el tino
á la población ligero.
Por la calle en que el bracero
con su familia vivía
pensativo discurría,
cuando sentí que lloraban
por él los suyos y alzaban
dulce plegaria á María.

Curioso me aproximé
del pobre hogar á la puerta,
y encontrándola entreabierta
hacia su interior miré.
Mucha pobreza noté
en cuanto á ver se alcanzaba;
harapienta se agrupaba
la familia en un rincón,
donde á la luz de un velón
ante una imagen rezaba.

Aunque la horrible pobreza
dejó sin muebles la estancia
se aspiraba la fragancia
que brota de la limpieza;
y, en medio de la tristeza
del amarguísimo duelo,
causaba al alma consuelo
ver que en la pobre mansión
aun habia paz, unión
y confianza en el cielo.

Rezaban con gran fervor,
ante una imagen postradas,
dos mujeres enlutadas
por el que fuera su amor.
Seis niños en derredor
las cercaban de concierto,
y, al ver el hogar desierto,
abrazadas á la madre
lloraban llamando al padre
que vieron llevarse muerto.

La más anciana y adusta
rompió en gritos de esta suerte:
—»¡Dios Santo! ¿Por qué á la muerte
no obligas á ser más justa?
¡A mí, postrada, vestuta
y de penas consumida,
aun me conserva la vida,
y á mi hijo, joven potente,
ayer le infirió inclemente
la última mortal herida!

Al sepultarle, declaro
que huyó de esta casa el bién;
él era nuestro sostén,
nuestro escudo, nuestro faro.
¿Qué van á hacer sin su amparo
su esposa, padres é hijitos?
¡Ay, pedir los pobrecitos
la limosna por el mundo,
que con desprecio profundo
oirá sus dolientes gritos!

¡Hijo! á quien mi corazón
amaba con frenesí,
¿por que te fuiste sin mí
á la celestial mansión?
¡Cuán inmensa es la aflicción
de tus hijos y tu esposa!
¡Qué pena tan espantosa
siente al nombrarte tu madre!
¿Y tu padre? ¡Tu buen padre
aun gime sobre tu fosa!»

De su seno desprendidos,
cual hilos de una madeja,
cortan la voz á la vieja
desgarradores gemidos.
Responden con alaridos
los niños á la abuelita,
la viuda gimiente grita,
y, puestos todos de hinojos,
salta el llanto de los ojos
y al suelo se precipita.

Los contemplé enternecido
con recogimiento santo
y uní á su dolor mi llanto
en el secreto vertido.
Aun resuenan en mi oido
sus ayes desgarradores,
aun escucho sus clamores
de mi conciencia en el fondo
y aun lanzo suspiro hondo
al recordar sus dolores.

II

Los parientes de don Tello

Maldiciendo del destino,
causa de tales fracasos,
resuelto y con firmes pasos
continué mi camino.
Condenación de mi sino
no bien en la plaza dí,
á despecho mío, ví
dos grupos de hombres feroces
que con destempladas voces
disputaban entre sí.

Como el caso grave fuera
y se hallaban en el centro,
prudente esquivé su encuentro
caminando por la acera.
Saber quise de la fiera
lucha la causa, y despacio

andaba, cuando al palacio
llegué del muerto Don Tello
que fuerte, grandioso y bello
elevábase al espacio.

Acerqueme á una ventana,
de mi paz en menoscabo,
donde seis guardias y un Cabo
de la invicta veterana,
de acometida villana
guardaban el edificio,
cumplimentando un oficio
del Juzgado de Instrucción
con la gran circunspección
que ponen en el servicio.

Lleno de curiosidad
por aquel retén extraño,
sin miedo á posible daño
avancé en la oscuridad.
Evitó mi habilidad
que el Cabo me detuviera;
sin que ninguno me viera
salvé el umbral presuroso,
crucé el zaguán espacioso
y al llegar á la escalera,

—¡Atrás!—me gritó un soldado
custodio de la portada;—
no se permite la entrada
si no lo manda el Juzgado.

—Algo grave habrá pasado
para que haya tal rigor...
—Que ayer murió el poseedor
y está el palacio desierto.
—Y ¿por qué impide, no acierto,
la entrada el Juez Instructor?

—Porque ha muerto sin testar
Don Tello, y sus herederos,
obrando cual bandoleros,
quieren esto saquear.
No hacen más que regañar
por motivos de la herencia,
y de una en otra pendencia,
han probado en todo el día
son muy grandes su osadía,
su egoismo y su impudencia.

Escuchad cómo se agitan;
en dos bandos divididos
combaten enardecidos
y al crímen se precipitan.
El escándalo no evitan
ni temen rodar al cieno,
y, como no hay uno bueno,
se dice que dieron muerte,
para disfrutar su suerte,
á Don Tello, con veneno.

Que hay un falso testamento
también dicen por ahí;

yo á diferentes lo oí
y como lo oí, lo cuento.
Han tenido el vil intento
de asaltar esta morada.
Les salió mal la jornada
porque, al saberlo, vinimos
y desbaratar pudimos
su golpe de mano armada.

Temiendo que su malicia
aún intente hechos más viles,
al palacio los civiles
guardamos por la justicia.»
Agradecí la noticia
que el guardia me dió al detalle,
y, haciendo girar el talle
para dejar el palacio,
en salir poco reacio
me encontré pronto en la calle.

Seguian los herederos
del prestamista sepulto
prodigándose el insulto,
injuriándose con fieros.
Yo, con recortes certeros,
tropezarlos evitaba,
y al paso que condenaba
su ambición y desatino,
á solas por mi camino
de este modo razonaba.

III

Compensaciones

Es grave, mas ordinario
que, ansiosos de hincar los dientes,
se devoren sus parientes
al morir un millonario.
Sobre el lecho funerario
cuando ya insensible calla,
la vil ambición estalla
de aquellos que le rodean
y lo muerte le desean
riñendo ruda batalla.

Ya postrado, en vano implora
á las gentes; con encono
le dejan en abandono,
ansiando su última hora.
cadáver, nadie le llora
ni tiene de él compasión.
Después que en su panteón
le encierran con grave pompa,
no hay temores de que rompa
su silencio una oración.

¡Ay del célibe opulento
que llega á la edad madura
si amigos no se procura
con noble desprendimiento!
No disfrutará momento

de dulce felicidad,
huirá la tranquilidad
de su espíritu y acaso
beba veneno en el vaso
que brinda falsa amistad.

Don Tello, buen prestamista,
soltero bajó al abismo,
pues sólo amaba á sí mismo
su corazón egoísta.
Sano, vió el capitalista
fluir en los labios miel,
mas cuando fiebre cruel
postróle en su rico lecho,
vió ambición en cada pecho,
en cada boca odio y hiel.

Sus parientes, anhelantes
de su fortuna crecida,
le arrebataron la vida
con medios mortificantes;
y en sus últimos instantes,
rodeado de traidores,
nadie escuchó sus clamores,
nadie calmó sus enojos,
ni al morir cerró sus ojos
ni llevó á su tumba flores.

Si á su regio panteón
en carroza le llevaron
y cien curas le cantaron...

fué interés, no compasión
el móvil; ni un corazón
se halla por él conmovido.
Sepultado en hondo olvido
dormirá en marmórea losa,
porque ni de hijos ni esposa
le despertará el gemido.

El pobre obrero entretanto
en sus últimos momentos,
oyó los tristes lamentos
que lanzaban con espanto
sus hijos, vertiendo llanto
alrededor de su cama,
y al morir, cual débil llama,
vió que, postrada de hinojos,
cerraba sus yertos ojos
la compañera que le ama.

Si á su pobre sepultura
no llevó acompañamiento,
ni asistió á su enterramiento,
cantando salmos, el cura,
en la funeral clausura
donde su cuerpo reposa,
vé que su querida esposa
y los hijos de su amor
con lágrimas de dolor
riegan flores en su fosa.

Hambres, trabajos, desvelos
pasa el bracero á diario,

interminable calvario
de acerbas penas y duelos.
Siempre esperando en los cielos
y siempre atado á la tierra;
por los suyos no le aterra
si es amado trabajar,
porque en su modesto hogar
la felicidad encierra.

Compensación merecida
á sus trabajos prolijos
el bracero halla en sus hijos
amor durante la vida;
le acompaña su querida
esposa en el trance fuerte
del suplicio de la muerte;
viuda ya, triste le llora
y por él al cielo implora
en próspera ó mala suerte.

IV

Corta pena á goce largo y poco premio á grandes penas.

Del solterón usurero
que, encerrado en su egoismo.
solo cuida de sí mismo
y de acumular dinero,
que, estrujando al mundo entero

reposa en palacio angusto,
hallo castigo muy justo
que parezca abandonado
para que sufra el malvado
la pena de hacer su gusto.

Cuando á Don Tello á la nada
llevó la muerte consigo
halló el condigno castigo
de su conducta menguada.
Al final de la jornada
de su vida, la expiación
se cebó en su corazón
y del mundo maldecido
duerme el sueño del olvido
en su regio panteón.

Mas no bastan á mi ver
varias horas de dolor
para eclipsar el fulgor
de una vida de placer.
Riqueza y fama tener,
siempre gozar y reir
y solamente al morir
saber lo que es el pesar...
¡Para tan largo gozar
es brevísimo sufrir!

Del bracero, que en su vida
corta, pero aprovechada,
en su penosa jornada

tiene esposa que le cuida,
y al dar la última caida
le cercan sus padres é hijos
que en él con los ojos fijos
le dan pruebas de su amor...
es justo premio y honor
á sus afanes prolijos.

Cuando al obreró á la fosa
sus colegas arrastraron
y en su cieno le arrojaron
no como hombre, como cosa;
consuelo es fueran su esposa
y padre á llorarle muerto,
y más, si en aquel desierto
de sepulcros imponentes,
oyó sus ayes dolientes
cual si estuviera despierto.

Mas es poco, á mi entender,
para una vida sin pan,
llena de penas y afán
unas horas de placer.
De oro y goces carecer,
siempre en la tribulación
y sólo en la extremaunción
dicha empezar á sentir...
¡Para tan grande sufrir
es poca satisfacción!

V.

Triunfo de la iniquidad

Iniquidad irritante,
en todas partes te hallo;
por esquivarte batallo
y te me pones delante.
Cuando creo estás distante
de improviso te presentas.
¿Por qué de mi no te ausentas
si te odio con toda el alma?
Del triunfo tuya es la palma
y derrotado me afrentas.

Hasta cuando reparar
quieres los bienes con males,
tus hábitos infernales
en lo injusto te hacen dar.
Das, si anhelas compensar,
el grande breve castigo,
interminable al mendigo;
para aquél mucho favor,
para éste mucho rigor
cual si fuera tu enemigo.

Nadie venga á defenderte,
porque no tiene defensa
que hagas al mendigo ofensa
desde la cuna á la muerte.
Esclava vil de la suerte

sigues su carro fastuoso
y, adulando al poderoso,
vas, cual maza del destino,
aplastando en tu camino
al pobre menesteroso.

Al prestamista adulaste
y á la altura le subiste,
al obrero perseguiste
y sin piedad le aplastaste.
Como siempre mal obraste,
pues aunque al fin pareciera
que á la justicia severa
le dabas satisfacción,
demostrará mi razón
que inicua y estéril era.

El obrero es evidente
que en la vida terrenal
bebió, sin deber, del mal
en la cenagosa fuente.
Don Tello el bien permanente
apuró en largo vivir
y hasta debió, al sucumbir
sin hijos y solitario,
ser más suave su calvario
que el del obrero al morir.

Si al reclinar su cabeza,
ya mortal, pensó el banquero
que le faltaba heredero

á quien dejar su riqueza,
sentiría gran tristeza;
pero aun más grande sería
la que el obrero tendría
al morir, viendo quedaban
hambrientos cuantos le amaban
y él, su sostén, se moría.

Por avaro el prestamista
murió sin hijo heredero
y estéril fué su dinero
é inútil fué su conquista.
Gusto de capitalista
muy propio de tal persona.
Nadie su conducta abona,
el mal buscóselo él mismo;
para su vil egoismo
fué merecida corona.

Cumpliendo con la moral
en amor, noble y sincero,
muy joven se unció el obrero
al yugo matrimonial.
Si natura por su mal
hijos le dió, más no oro,
nadie dirá en su desdoro
que fué por crimen ó vicio...
Y en premio á su sacrificio,
¿qué obtuvo?—¡Penuria y lloro!

Si recorrí las regiones

del globo con pasos ciertos
y ni entre vivos ni muertos
hallé justas soluciones,
pues sólo compensaciones
pobres da la sociedad
á la falta de igualdad,
la buscaré con anhelo
en la bóveda del cielo,
en la azul inmensidad.

EN EL SENO DE LA NATURALEZA

I.

Igualdad de los fenómenos naturales.

De negruzcos nubarrones
la densa gasa importuna
envuelve á la triste luna
entre fúnebres crespones.
Avanzan los pabellones
de las sombras colosales
y, dando tregua á los males
que les devoran el pecho,
se sepultan en el lecho
los desdichados mortales.

Yo tambien la plaza dejo
y corro á mi domicilio,
aprovechando el auxilio
de un farol exiguo y viejo.
El mortecino reflejo
que el trémulo foco envía
hasta mi casa me guía,
rápido en ella me oculto
y en el lecho me sepulto
para alzarme con el día.

Durante toda la noche
el mundo reposa en calma,
reclinando cuerpo y alma
del dulce sueño en el coche;
mas desatando su broche
el alba brilla en Oriente
y despiertan de repente,
lanzando notas suaves,
en el campo brutos y aves,
en la población la gente.

Detrás del alba la aurora,
mostrando su faz rosada,
á la tierra alborozada
con rojas tintas colora.
Gozoso el orbe la adora
al contemplarla tan bella;
mas tímida y casta ella,
envuelta en rojos rubores,
se esconde á los resplandores
del sol que sigue su huella.

Al cénit sube iracundo
el amante desdeñado
y de su seno inflamado
lanza sus rayos al mundo.
Su amor en raudal fecundo
de vivificante llama,
sobre los astros derrama
llevando á todos la vida,
y la tierra agradecida
en culto por él se inflama.

Luz, calor, vida y contento
por el planeta difunde
hasta que en Ocaso se hunde
de la aurora en seguimiento.
El trabajo y movimiento
acaban cuando declina;
la noche trás él camina
siempre en círculo vicioso
y el hombre deja el reposo
con el alba nacarina.

Las estrellas celestiales
para todos mandan luces;
de las sombras los capuces
para todos son iguales;
por leyes universales
rige al cosmos la natura
y da, con igual hartura,
al pobre y al opulento,
ambiente, agua, alimento,
claro día y noche oscura.

Si los aquilones brotan
furiosos, á las montañas,
valles, templos y cabañas
por igual manera azotan.
Cuando sus fuerzas agotan
y terminan sus furores,
la brisa besa á las flores
lo mismo que á las espinas
y abre sus alas divinas
á mendigos y señores.

Nos manda naturaleza
á este planeta desnudos,
crecemos con duelos rudos
adquiriendo fortaleza;
poco á poco la cabeza
hacia la tumba inclinamos,
en ella el cuerpo dejamos
y del mundo nos partimos;
todos llorando vinimos,
todos gimiendo nos vamos.

Cuando nos hiere la muerte
con sus pavorosas alas,
despojado de sus galas,
aquí el cuerpo queda inerte.
Del rico y pobre igual suerte
á la materia es debida;
y al extinguirse la vida,
al dar el último grito,
en el espacio infinito
las almas buscan guarida.

II

El egoismo y la ley natural.

Ser que el universo habita,
cuerpo opaco, clara estrella,
luna ó nebulosa bella,
sobre otro mayor gravita.
Este duerme, aquél se agita

en brazos de la creación,
mas todos, en conjunción
sublime, ruedan unidos
hacia su centro, sorbidos
por ley de gravitación.

Seres que en la tierra viven
hombres, brutos, vegetales,
rocas, aguas, vendabales
de ella su calor reciben.
Callan, se esconden ó exhiben
del planeta en el regazo,
mas todos, en dulce abrazo
y admirable variedad,
caminan á la unidad
por atracción, que es el lazo.

En el cosmos y el planeta
cada ser su esfera tiene
y en ella á girar se aviene
que á un círculo le sugeta.
Él semejante respeta
y hasta protege á su igual;
¡tan sólo el ser racional
se atreve á infringir osado
este precepto sagrado,
esta ley universal!

¡Qué dolor! Si á los mortales
hizo Dios del mismo modo
con alma eternal y lodo

para que fueran iguales,
¿por qué leyes inmorales
y costumbres perniciosas
han trastornado las cosas?
¡Con hambre en lecho de horrores
duerme el paria; los señores
hartos y en lechos de rosas!

Si en el infinito espacio
dió á la humanidad entera
por habitación la esfera
que es magnífico palacio,
¿por qué al que anduvo reacio
en emprender la jornada,
al llegar á la morada
terrestre, no halló vivienda?
¿Por qué colosal hacienda
tienen unos y otros nada?

Si hay para todos riqueza
y para todos sustento
¿por qué privar de alimento
al que gime en la pobreza?
Si natura con largueza
otorga bienes colmados,
¿por qué los desheredados
viven mal y comen cieno
mientras tiran mucho y bueno
orgullosos potentados?

Si no pueden ser castigos

de Dios y sus justas leyes,
que suban unos á reyes
y otros bajen á mendigos,
¿serán del hombre enemigos
los hombres en sociedad,
y la triste humanidad,
condenada siempre á guerra,
verá que al bien en la tierra
se impone la iniquidad?

¡Oh naturaleza! En vano
tus decretos justos son;
los rechaza la ambición,
el vil egoismo humano.
El fuerte alarga la mano
y lo del débil se apropia,
condenándolo á la inopia
con despiadada injusticia...
¡Y sostiene la estulticia
que el hombre de Dios es copia!

Contra el grave malestar
que la injusticia derrama,
el desheredado clama
dispuesto á herir y á matar.
No dejemos reventar
la ya preparada mina
que su cólera fulmina...
¡Un acto de amor fecundo
puede libertar al mundo
de su espantosa rüina!

Conclusión

No puede ser apropiable,
venga del cielo ó del lodo,
objeto que forma un todo
por sí mismo inseparable.
De este grupo inabordable
son, por diversas razones,
la luz, que de las regiones
desciende del firmamento,
el manso ó rápido viento
y el mar con sus convulsiones.

Ahora bien; si es el planeta
inseparable y unido,
¿por qué no estar incluido
en el grupo? ¿Qué secreta
circunstancia le sujeta
á ser propio y repartible?
No existe razón tangible
que autorice la excepción,
mas lo quiso la ambición
y fué el despojo posible.

Entonces quedó la tierra
entre unos cuantos partida,
y el débil, en su caída,
alzó el grito de la guerra.
En balde la mano cierra

con tesón el encumbrado;
el paria desheredado
se dispone á combatir,
y tiene que sucumbir
ó ceder el potentado.

El dilema es apremiante
y hay que resolverlo luego
para evitar cunda el fuego
que chispea amenazante.
La caridad no es bastante
para extinguirlo del todo;
mas lo contendrá de modo
que dé á los pueblos y reyes
tiempo para hacer las leyes
que alcen al pobre del lodo.

No hay que dudarlo, precisa
de leyes reparatorias
el mundo, que las notorias
maldades corten á prisa.
Hay quien no tiene camisa
ni hogar, ni luz, ni alimento;
á su lado un opulento
derrocha el oro á montones
en vicios ó diversiones...
¡y no dá pan al hambriento!

Si en la tierra es imposible
que haya igualdad absoluta
y la sensatez reputa

la aspiración de risible,
la desproporción horrible
que en la sociedad se nota
entre el prócer y el ilota,
es tan grande, inícua y cruel
que al verla, no sangre, hiel
del pecho sensible brota.

La distancia colosal
creo que mucho se achica
si por quien debe, se aplica
el remedio radical.
Aunque el enfermo está mal,
salud y fuerzas recobra
si ponen mano á la obra
de curarle los que pueden,
y los grandes algo ceden
de lo mucho que les sobra.

Reyes, grandes, potentados
que á costa de tanto duelo
os halláis cerca del cielo
sobre los hombros alzados
de braceros y soldados,
contemplad á los caídos
y contened los gemidos
que les arranca el dolor,
antes de que con fragor
rompan odios escondidos.

Remedio al mal que le apena

el hambriento nos demanda,
y la caridad lo manda
y la justicia lo ordena.
Del pobre la voz resuena
pidiendo trabajo ó pan,
los que en la opulencia están,
si no son sordos ó ciegos,
atender deben sus ruegos,
calmar su angustioso afán.

En alas de este deseo
en torno los ojos giro,
mas donde quiera que miro
ódio y egoismo veo.
Fantasma espantoso creo
que es la horrible realidad,
y al ver que la iniquidad
árbitra es del ancho mundo
con anatema profundo
maldigo á la sociedad.

Si á este horrible pesimismo
la vil realidad me lleva,
surge la fe que me eleva
al cielo del optimismo.
Huyo entonces del abismo
á donde el rencor me lanza
y, á la luz de la esperanza,
veo que, á calmar dolores
del orbe, con sus amores,
la fraternidad avanza.

A su influjo bienhechor
cesa el llanto del que gime,
el esclavo se redime,
el odio se torna amor.
Cede su puesto el furor
á la paz, que es la que impera,
y bajando hasta la esfera
del seno del infinito:
—¡Amáos!—repite un grito
á la humanidad entera.

Pueblo, que tendido moras
en el fango del camino
y, víctima del destino,
ves pasar triste tus horas,
á las iras vengadoras
no des cabida en tu pecho;
más que en la fuerza del hecho,
que al crimen te llevaría,
tu justa causa confía
en la fuerza del derecho.

Cuando con vivos fulgores
ensanchando va la aurora
de tu redención, no es hora
de satisfacer rencores.
Abomina los horrores
del incendio y explosivos;
sentimientos compasivos
son los que te han de salvar
y en el polvo derribar
á tus rivales altivos.

Humillarán la arrogancia
con que te hacen resistencia,
tu sensatez y paciencia,
tu rectitud y constancia.
Si desechas la ignorancia
que al crimen te precipita,
y, en vez de la dinamita,
usas de la hoz y la sierra,
verás postrarse la tierra
ante tu gloria infinita.

Por la virtud conducido
se acerca el progreso humano
á sacarte del pantano
donde te encuentras metido.
Su carroza sin ruido
se aproxima á la carrera;
la esperanza lisonjera
de tu victoria acaricia,
y confia en la justicia
que dice á tu oido:—¡Espera!

FIN DEL POEMA

Barcarrota y Julio de 1892. Corregido y ampliado en Madrid, en Abril de 1896.

COLMOS OPUESTOS

SONETOS. (d)

I

Lo más noble

Noble es alzar del suelo al desvalido
que á nuestros piés se arrastra y nos implora;
noble enjugar el llanto del que llora
en la orfandad y la pobreza hundido.
Noble romper del siervo deprimido
la cadena infamante y opresora,
y noble en la batalla destructora
abrir los brazos al rival vencido.
Muy noble es consolar al que padece,
llevar la luz al que en tinieblas gime
y los ojos cerrar al que fallece;
mas perdonar al vil que nos deprime
y en pago hacerle el bien que no merece,
es nobleza rayana en lo sublime.

II

Lo más infame.

Infame es el esbirro, falso espía
que fingiéndose amigo y caballero,
la confianza se capta, vil y artero,
del hombre noble á quien peder ansía.

Infame el necio que con lengua impía
de las faltas de amor es pregonero,
y son infames en el mundo entero
la calumnia y servil hipocresía.
Mas nada encuentro yo tan execrable
cual la mujer liviana que al marido
le da hijos de otro, acaso un miserable,
y no estalla su pecho envilecido
al verle trabajar infatigable
para darles el pan apetecido.

III

Lo más dulce.

Dulce es oír el cántico de amores
que lanza el ruiseñor en la espesura;
dulce beber el agua fresca y pura
que corre sobre guijos de colores.
Dulce escuchar del aura los rumores;
dulce mirar la espléndida hermosura
de los campos cubiertos de verdura,
aspirando el aroma de las flores.
Mas ni el canto del ave en la enramada,
ni clara fuente, ni rumor de viento,
ni dulcísima miel es comparable,
á la voz armoniosa de mi amada
y al perfume que brota de su aliento
si úno mis labios á su boca amable.

IV

Lo más duro.

Muy duro es ver como se van los años,
robándonos hermosas ilusiones,
y sentir que nos llevan á empellones
á la vejez, trás negros desengaños.
Duro pensar en los presentes daños
que convierten la dicha en decepciones,
y mirar como triunfan las traiciones
de la verdad, valiéndose de amaños.
Pero es más duro al corazón que ama
y en sed de amores abrasarse siente,
observar que la hoguera que le inflama
se consume y disipa estérilmente,
porque prender no puede aquella llama
en otro corazón como él ardiente.

V

Lo más bello.

Bello es el sol en la mitad del día
esparciendo su llama abrasadora,
bella, muy bella de la rubia aurora
la suave luz que del Oriente envía.
Bello el coral que el oceano cría,
bella la perla que en la concha mora,
bella de Abril la perfumada flora
y bella el ave que en su nido pía.

Pero nada en el mundo he conocido
que, por su encanto y mágica belleza,
á mi sentido corazón le cuadre,
como admirar á un niño bien dormido,
con el sueño feliz de la pureza,
en el blando regazo de su madre.

VI

Lo más horrible

Horrible es el bandido que asesina,
oculto del boscaje en la espesura,
á la indefensa y débil criatura
que, agena de temor, feliz camina.
Horrible la buscona Celestina
que al vicio arrastra á la doncella pura,
horribles la doblez, la sepultura,
la envidia vil y la crueldad dañina.
Mas nada tan horrible y espantoso,
ni en pro de la maldad tan alto arguye,
como ver en el mundo el cuadro odioso
del hijo infame que á su madre niega,
del padre que á sus hijas prostituye
y del marido que á su esposa entrega.

NOTAS

(a) Parte de este poema lo incluimos en la colección de poesías que, con el título de *Meditaciones*, publicamos en la ciudad de Mérida por la primavera del año 1892. Aunque más reducido é incorrecto que al presente se publica, tuvimos la fortuna de conquistar por el mismo los aplausos de la prensa extremeña. El público, por su parte, arrebató de nuestras manos los ejèmplares de una edicción copiosa, que vimos complacidísimos agotarse en breve.

La benevolencia con que fué tratado este poema entonces por nuestros compatriotas, nos ha estimulado á corregirlo para empezar con él nuestras publicaciones en Madrid. Si en la prensa y el público de esta culta capital, corazón y cerebro de España, obtiene la benévola acogida que le fué dispensada en Extremadura, nos consideraremos pagados del trabajo, y la gratitud nos dará alientos para acometer mayores empresas.

(b) La descripción que hacemos del cementerio está tomada del natural. Es la pintura fiel del cementerio de una villa extremeña, tan populosa como rica, cuyo nombre omitimos por razones que no pasarán inadvertidas á la buena inteligencia de nuestros lectores.

(c) En el comenterio descripto, como en el de muchos otros pueblos, no existe fosa común. Hay para sustituirla una porción de terreno, donde los pobres puedan abrir una hoya que sirva de sepultura al cadáver, el cual se cubre después con la tierra extraida al cavar la fosa. Apisonada la tierra, se clava en ella y en el punto céntrico de la sepultura, una cruz consistente en dos tablas unidas, que se cruzan perpendicularmente. Esta cruz, elevándose sobre el terreno, es la señal indicadora de que allí hay un cadáver.

(d) Para completar pliego insertamos á continuación del poema estos sonetos, bajo el título común de *Colmos*, porque la factura de todos ellos es semejante.

Escritos en diferentes épocas de nuestra vida, y publicados, unos en colecciones y otros en revistas y periódicos,

han merecido el honor de ser reproducidos, generalmente en primera plana, por gran parte de la prensa periódica de provincias, que las trasladó á sus columnas sin contar con nuestro permiso. Lejos de molestarnos su libertad, la agradecemos por entender que nos honra.

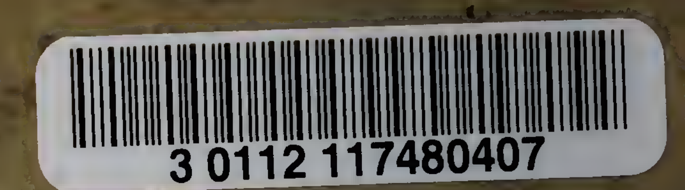
Como al comenzar la publicación de nuestro libro no teniamos intención de que figuraran en el mismo, no ha podido ocuparse el Sr. Zozaya en su hermoso prólogo de los sonetos por ignorar que formaran parte de nuestra edición. Confiamos en que el Sr. Zozaya, con su acostumbrada amabilidad, nos dispensará el atrevimiento y nuestros lectores acogerán los sonetos con benevolencia, considerando que los publicamos por no darles varias páginas en blanco.

ADVERTENCIA

Entre los descuidos notados en el texto, hay uno que no queremos pasar en silencio. Es el siguiente: el verso séptimo de la segunda décima inserta en là página 20, termina con la palabra *pensamiento;* léase *sentimiento.*

INDICE

Páginas



OBRAS DE MORENO TORRADO

PUBLICADAS

TÍTULOS	Ptas.	Cts.
EXPLOSIONES DEL SENTIMIENTO.................	2	
EXHALACIONES DEL ALMA (agotada)............	2	
PALPITACIONES DE UN CORAZÓN (íd.)............	»	50
MOSTAZA Y ORTIGAS.......... (íd.)............	1	
VIBRACIONES DE UNA LIRA.... (íd.)............	1	
IDILIOS Y ELEGIAS...........................	1	50
MEDITACIONES............... (íd.)............	1	
POEMAS Y EPISODIOS......... (íd.)	1	
¡SIN HIJOS Y CON BIENES!......................	1	
NUEVAS ELEGÍAS	1	
EN BUSCA DE LA IGUALDAD......................	1	

Las obras de que quedan ejemplares se hallan á la venta en casa del autor, Bola, 3, bajo izquierda y en la redacción de *La Justicia*.

La última además está á la venta en las librerías.

Pago adelantado.

EN PRENSA

CONFIDENCIAS ÍNTIMAS, prosa.

EN PREPARACION

EL AVARO, poema social.
CONFITES PARA LAS NIÑAS, poesías.

OBRAS ORIGINALES DE D. ANTONIO ZOZAYA

LA CRISIS RELIGIOSA.........................	3	
MISCELANEA LITERARIA, prosa y verso..........	1	50
LA CONTRADICCIÓN POLÍTICA..............	»	50

De venta en casa del autor, calle del Duque de Alba, 13, principal y en las librerías.